

REFLEXIONES

AMONA ALICIA, ENE MAITIA

Alicia Escribano González

Académica Correspondiente de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España
foxterrier2@gmail.com

Este ensayo es un intento por recuperar la memoria histórica dentro de los límites de la antropología cultural en su modalidad de historia oral y microhistoria.

El objetivo es hacer justicia a las mujeres que vivieron en una época difícil, de sacrificio silencioso en su lucha por la educación en la España de finales de siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

Y no he encontrado nada mejor que recoger una biografía breve de una mujer especial en mi vida. He construido un relato de profunda carga reflexiva, dedicada a mi amona navarrica Alicia, mi abuela materna: Alicia Salinas del Roncal, nacida en 1897 y fallecida prematuramente por un cáncer a los 54 años. Dicen que la conexión más fuerte de los nietos es con la abuela materna, y doy fe de esta afirmación por experiencia. Mis raíces navarras vienen de mi abuela materna, su fuerte temperamento y carácter, su cariño, abnegación y entrega, están arraigadas en mi...

No te conocí porque falleciste a los tres meses de mi nacimiento, diste orden a tu médico de llevar en secreto tu enfermedad, no querías tristezas ni lamentos y fuiste hacia adelante con tu valiente talante navarro hasta la muerte. Te he llevado en mi corazón como una segunda madre a partir de los relatos de mi madre Alicia, tu hija mayor. Tú siempre atinabas con el momento y el método frente a los problemas de la vida. “*Nos tenemos que hacer espaldas*” repetías siempre a tus hijos. Eras transparente como un “manantial de aguas cuya vena nunca engaña”.

Vivió su infancia y adolescencia a finales del siglo XIX y comienzos del s. XX en la Pamplona rural, en la aldea de Learza que contaba con el Palacio del marquesado y la iglesia románica de San Andrés. Su padre Isidro Salinas (con fama de hombre bueno) casado en segundas nupcias con Gabriela Roncal, fue administrador de las tierras del Señorío de Learza, marquesado de Vesolla. cerca de Etayo. Mi amona Alicia y sus hermanas acudieron a la escuela municipal de Etayo que ya en 1847 tenía escuela, a cuyo maestro se le daban 80

robos de trigo al año y casa para vivir. Distaba la aldea de Learza 7 kms de Etayo, iban a caballo a la escuela llevando la vianda del día.

Al fallecer su padre de neumonía por atender en el campo a un caballo herido en pleno invierno, la familia se trasladó a Pamplona, al barrio de la Rochapea. Su vida fue un desafío entre su contexto rural y las posibilidades que le ofrecía la ciudad pamplonica y después Madrid.

No hay educación sin cultura, ese entorno en el que nos desarrollamos desde que nacemos y que influye en la forma en que pensamos. Mi abuela Alicia llevo siempre sus valores, creencias, tradiciones, todo ello formaba parte de un talante recio y norteoño, guiado por esa ley moral natural impresa en las almas puras y muy centradas en Dios. Y así, sus costumbres navarras iban delante de sus palabras, una navarrica franca, noble, sufrida, abnegada, generosa y confiada, como esposa, madre y educadora de sus tres hijos.

En la época de mi amona Alicia la brecha de género era profunda respecto a las oportunidades de los varones en todos los ámbitos sociales y laborales. Pero para ella esta brecha nunca fue un problema, sino que cumplió con creces su misión de ser el pilar de la familia y el referente sustancial de la unión y el amor que imperaba en su casa.

En su juventud amona Alicia dejó su tierra natal para instalarse en la capital de España, en los años de la Gran Guerra, con sus dos hermanas Felisa y María, invitadas por la tía Ascensión, hermana de su madre, casada con Agapito los dos navarricos, y sin hijos, que regentaban una carbonería en la plaza de Olavide de Madrid. Esta tía les encontró trabajo de costureras a las tres jóvenes sobrinas en el hotel Ritz. Tres jóvenes navarricas de provincias, felices y contentas en su aventura madrileña.

Abuelita Alicia, se casó con el abuelo Manuel oriundo de Huelva, trabajaba como recepcionista en el mismo hotel donde ella estaba. A mi abuelo Manuel le llamábamos “El Paíto”, sabía varios idiomas a la perfección porque de muy joven quedó huérfano al morir sus padres. Le dejaron una rica hacienda que se esfumó viajando con su tutor por toda Europa hasta agotar su herencia. Tenía un carácter sureño zalamero, amable y abierto. Conquistó a mi abuelita en un *plis-plas* con sus bromas y don de gentes. Ella que era más bien tímida y reservada debió de rendirse a sus encantos. Se casaron en la iglesia de San Fermín en Pamplona y fueron de viaje de novios a San Sebastián, tuvieron tres hijos, la mayor era mi madre Alicia, después Manuel y la pequeña Charo. Vivieron en un piso de Madrid, al lado de la carbonería de la tía Ascensión. Mi abuelita no tuvo suegros y estaba volcada con la tía Ascensión y sus hermanas Felisa y María que vivían también cerca de ella.

Esas mujeres invisibles y silenciosas, abnegadas y dedicadas a cuidar el hogar ya no es lo mismo en nuestro tiempo...y como los ríos que siempre van adelante y nunca retroceden,

solo nos queda hoy la gratitud y el regalo de haber tenido antepasados ejemplares como nuestras abuelas que han forjado nuestro buen talante de nietos y que nunca olvidaremos.

Si la tuviera hoy delante cogería sus manos con las mías y mirándole a los ojos le diría con dulzura las palabras que la Virgen de Guadalupe dijo al indígena Diego:

“NO ESTOY YO AQUÍ QUE SOY la mayor de tus nietas?

¿NO ESTÁS BAJO MI SOMBRA? ¿NO SOY YO TU SALUD?

¿NO ESTÁS siempre conmigo EN MI REGAZO?”

Donde yo esté quiero que estés siempre a mi lado...amona Alicia, *ene maitea*...

Así, con este cariño y ternura te llevo en mi alma...

Amona Alicia, *ene maitea*....

Eres para mí una inspiración espiritual difícil de explicar con palabras en este relato, mi madre cultivó este amor que te tengo, me hablaba mucho de ti, como criaste a tus tres hijos y poco a poco yo te sentí como mi segunda madre...tu empeño en dotar a tus hijos de una educación mejor para sus vidas.

En Madrid vivió el cerco de la guerra civil española. Experiencia dura y difícil que llevo con paciencia y dedicación ayudando a los vecinos para conseguir el alimento que estaba racionado.

Amona Alicia, proyectó en mi madre sus expectativas personales no logradas por su origen rural: la educó a ser mujer preparada e independiente con una profesión autónoma, a vivir con calidad de vida según su inclinación, y mi madre trabajo de secretaria principal en una importante empresa catalana en Madrid. Amona Alicia la educo para ser libre y dirigir su propia vida.

Mi conclusión: todo lo que hacemos tiene una repercusión social y moral. La educación transmitida presencialmente, con más hechos que palabras. por mi abuela materna, mujer recia y religiosa, es una educación muy auténtica y humanista; transmitida en el entorno familiar, la ‘primera escuela’. Lo que hacemos en nuestra vida es fruto de estos aprendizajes recibidos a través de las generaciones que configurarán nuestros temples en nuestra adultez.

Esa educación entrañable que daba con su ejemplo mi abuela materna, me pregunto si esta no será más importante que los tratados, contiendas, conquistas de la historia de la humanidad. Las vidas de nuestras abuelas, mujeres invisibles socialmente, pero decisivas en forjar identidades únicas y positivas en sus hijos y nietos: ¿Acaso no es esta la verdadera educación? ¿La educación más auténtica? ¿La educación personalizada perenne?

Gracias amona Alicia, por estar siempre a mi lado...hasta que nos encontremos de nuevo
“más allá de los montes y el mar” ... y nos fundemos en un abrazo eterno...



Amona Alicia (1897-1951), *ene maitea*...